## CAPITULO VIII

**De la breve estancia de D. Quijote en Zaragoza, y de las varias y continuadas sorpresas que allí recibió.**

En poco más de dos jornadas, pusiéronse en la populosa villa del Pilar los dos viajeros, entrando bien de noche y alojándose en una posada, cuya cama y cena parecieron á Tragaldabas deliciosas, y de perlas á D. Quijote, que no había dormido en colchón ni jergón hacía tiempo, ni comido nada substancioso, desde el festín del cabrito.

Tenía la tal posada un ancho patio interior descubierto, con un pilón en medio, en que se daba agua á las caballerías; y en el piso alto, en unos corredores que daban vistas á aquél, y que le rodeaban, adornados de barandas de madera, alineábanse las habitaciones para los huéspedes. Así que, al observar D. Quijote, desde el corredor alto, cuando se levantó por la mañana, tantos jacos llevados á aquel abrevadero, pensó que se aposentaba en algún Alcázar real y que aquellos serían los caballos de los poderosos escuadrones de la escolta; imaginando que los carros y diligencias desenganchados que abajo había eran carrozas y sillas de posta del servicio del Rey.

Entre las caballerías de las cuadras sobresalía por su esqueleto Babieca; mas como siempre hay quien le diga en las posadas á cualquier caballo por ahí te pudras, sucedió que unos gitanos que iban reclutando jacos para los toros, ora comprando, ora cambiando, pusieron sus ojos en el de D. Quijote y subieron á hablar con éste del asunto.

Su mercé, dijo el más viejo, que parecía hacer cabeza en la tribu, tiene ahí abajo un caballo que está dando las boqueás, y nosotros venimos á ver si quiere tomarse algo por él, ó cambiarlo por otro que traemos, que es el caballo de Santiago en persona.



¡Vender mi caballo, nó! dijo D. Quijote, que en ningún libro de caballerías he leído que tal hicieran los caballeros andantes; pero, dejarlo por tomar el caballo de Santiago, eso no me parece mal; tanto más cuanto que lo necesito tan fogoso, para ciertas campañas que he de emprender de aquí á poco tiempo.

Bajó uno de los gitanos á sacar el caballo de Santiago al patio, y de allí á un poco apareció con un rocín color barquillo, estropeado, melancólico, hético confirmado y decaído, tan flaco como Babieca, con toda la veterinaria en vejigas, fuentes, sobre huesos y esparavanes, como el del bufón del Duque de Borso.

¿Ese es el caballo de Santiago, exclamó Don Quijote, cuando es fama que era blanco, alto y poderoso, con luengas crines y cola?

Entiéndame su mercé, respondió el gitano viejo; yo no quise decir que fuera el caballo de Santiago Apóstol, sino de Santiago, este gitanico que está aquí á mi vera; pero, salvo sea lo del pelo, no crea su mercé que tiene nada que envidiar éste al otro: y fíjese y verá qué viveza la del animal; qué remos; qué figura; qué limpieza de sangre, y qué movimientos.

El gitano, que lo había sacado, montó de un salto sobre él, y en seguida se puso á trotar y galopar y á hacer evoluciones, tal que parecía resucitado.

¿Vé su mercé lo que le digo? exclamaba el gitano viejo; si eso no es caballo, sino un fenómeno. Sin espuela ni otros menesteres, hace cuanto le piden, y todo lo entiende, y no le falta más que el habla. Tómelo su mercé pa correr liebres, ó pa ganar el premio en las carreras, y no lo piensse más, sino haga el cambio á cierra ojos; que aquí estoy yo para responderle, y me dará las gracias encima: cuanto más que sólo tiene que abonar por la diferencia cinco mil reales, y lo que sea de razón por correduría.

Terció Tragaldabas en la conversación, diciendo al gitano que sólo se podía hacer el trato pelo á pelo, y después de mucho porfiar, los dos convinieron en ello, consintiendo Don Quijote, por haber visto que, en las tres oca-

siones en que puso á Babieca á prueba, había venido al suelo con un soplo.

Puesto que estos hombres requisan caballerías, dijo D. Quijote á su escudero, ahora es ocasión de que vendas tu borrica y emplees su importe en aceite, para devolverlo á la ermita de Argamasilla, como te obligaste. Y después del trato del caballo, tuvo Tragaldabas, con harto dolor de su ánima, que entrar en el otro de la pollina, por la que tras mucho tira y afloja le dieron quince duros.

Salieron los gitanos con Babieca y otras varias estantiguas semejantes, recogidas de aquellas y otras posadas, amén de la burra, á la que despidió Bartola desde el corredor con las lágrimas en los ojos, y después quiso D. Quijote probar su nuevo palafrén en aquel patio, que él creía plaza de armas, para lo que hizo á Bartola lo ensillara, y muy gentilmente montó el caballero sobre el rocín color canela, que vaciló y estuvo para caer, sólo á su leve peso. Abrigóle un poco las piernas para hacerle andar, y luego le aplicó las espuelas, sin conseguirlo; y viendo que era inútil y que agachaba la cabeza, como agobiado, creyó que cuando antes iba tan despabilado y entonces no se movía, algún encantamiento le mantenía fijo y clavado allí, cerca del pilón, como á Narciso en la fuente.

Primero á las carreras del gitano y luego á los esfuerzos y brega del caballero, fueron saliendo y asomando á los corredores los huéspedes de la posada, entre ellos varias hembras de rompe y rasga, que animaban el cuadro con sus risas y cuchufletas; y, al verse D. Quijote rodeado de ese concurso, que creyó ser de nobles damas y caballeros, puso mayor empeño en que saliera el caballo sobre las piernas caracoleando; pero éste, que ya se dolía de los espolazos, dió tres relinchos y dos botes acarnerados, dejando caer la carga, de modo que al segundo bote vino á salir D. Quijote por las orejas y á dar dentro del pilón lleno de agua, de donde su escudero y otros dos tratantes, que estaban allí, le sacaron con gran dificultad y chorreando; á lo que la gritería y risas fueron



estrepitosas en las alturas del corredor, quedando el jinete corrido del lance.

¡Qué verdad es, Bartola amigo, que más vale malo conocido que bueno por conocer! exclamaba el caballero metido en la cama en su cuarto de la hospedería, mientras le secaban la ropa al fuego. Hubiérame yo podido lucir con Babieca, ante ese brillantísimo concurso de damas y gentiles donceles, haciéndole trotar, galopar, partir el campo, caracolear, marchar sobre las piernas, saltar vallas, y pasear la tela en alegres justas, si no hubiese mudado de palafrén, por necio deseo de novedad. Y no es eso lo peor, sino que con este caballo mal llamado de Santiago, que por lo visto se niega á llevarme, no sé á dónde podremos ir; cuando yo pensaba que en él, yo á galope, y tú á pie, llegaríamos pronto á las fronteras de los reinos que pienso conquistar.

Señor, respondió Bartola; eso es sin duda que la Providencia, apiadada de mí y viendo que he de seguir á pie á Usía, no ha consentido que pueda Usía ir á galope, ni aun á trote siquiera, con lo que forzosamente me hubiera quedado atrás. Así iremos los dos paso entre paso, y aun creo que llegaré á las fronteras de esos reinos con algunas jornadas de adelanto, á pesar de mi obesidad, y que podré tenerle preparado con tiempo en ellas alojamiento y toda suerte de noticias, como soldado de vanguardia que va á la descubierta.

Pero lo que me asombra, exclamó D. Quijote, es que el caballo de Santiago no anduviera llevándome á mí y sí con aquel jinete greñudo.

No se asombre su mercé, dijo el posadero, que acababa de entrar y de oir estas palabras. Esos pícaros son muy diestros para esas tretas. A una caballería muerta se le acercan á la oreja, le dicen unas cuantas palabras y la resucitan, y yo creo que al jaco no le hacía andar el gitano con espuela ni látigo; sino con una mecha de yesca encendida que le iba aplicando donde le convenía.

¡Ah, malandrín! gritó D. Quijote.

No pensemos más en ello, interrumpió Bartola; y lo mejor será dar ese caballo de Santiago

por lo que quieran pagar, porque no merece el pienso que se come y con él no saldremos de Zaragoza ni en un año de espolearle, á no ser que recurramos al estímulo del fuego.

El posadero y Bartola se arreglaron, y en seis duros quedó cerrado el trato entre ellos; con lo que á poco volvió un gitanillo, habló con el posadero, y montó sobre el caballo de Santiago, sacándole á buen trote de la plaza de armas, no se sabe si con mecha ó sin ella.

Veo, dijo D. Quijote á Bartola, que con tus cambios y ajustes te pareces á aquel pastor que, llevando una manada de cabras negras, quiso trocarlas por otras blancas, y dió dos por una, y luego pensó en trocar las blancas por las negras y dió dos por una también; y así en tres cambios se quedó sin cabras, acabándosele tan útil negocio. Por seis duros nos hemos quedado sin Babieca, en resumen, y me asombra seas el mismo Tragaldabas de la contrata del alumbrado y del aceite de la ermita.

Perdone Usía, replicó el escudero, pero cada uno es maestro en su oficio, y yo, ocupado toda mi vida en administrar el común de vecinos, no es mucho que no entienda de estas gitanerías. Ponga Usía á aquel viejo greñudo del caballo de Santiago en el sillón de una Alcaldía, y verá como se la dan por boca, como él nos la ha dado con esos cambios de cuadrúpedos; pero como de los malos negocios hay que salir presto, por eso corté éste, perdiendo, que es como siempre se acaban.

Volvieron D. Quijote y su escudero á asomarse al corredor, para tomar el sol del medio día, que daba de aquel lado, cuando sintieron gran estrépito de gente en el patio y vieron salir de una de las cuadras á tres picadores de toros, montados en sendos estafermos; con sus sombreros anchos de moña, sus coletas recogidas atrás, sus chaquetillas llenas de alamares y bordados de metal, y sus piernas bien rellenas y defendidas, cubiertas de calzones de bayeta pajiza.

Llevaban los pies metidos en enormes estribos, iban encajonados en sus sillas de montura de peto y espaldar altos, y sostenían las riendas



con la mano izquierda, mientras la derecha libre se cubría á medias por una badana atada con correas, que servía para afianzar la pica mejor.

¿Qué caballeros son esos, preguntó D. Quijote, y qué yelmos los que llevan?

No son caballeros, respondió Bartola, sino picadores, que deben ir á la corrida de toros de esta tarde, y por cierto que debiéramos verla porque le había de agradar á Usía.

¡Corrida de toros! exclamó D. Quijote como quien oye cosa nueva. No entiendo qué significa eso, como no sea algún lance de rejonear, esquivando al toro con el caballo, que es lo que se hacía en mi tiempo; y si es así, vamos allá que ese es oficio de caballeros principales, y acaso tome yo caballo prestado para terciar en tan hermosa fiesta, y has de ver entonces qué gallardamente libro á mi corcel, dejando muerto á sus pies el cornudo bruto.

Hoy se hace todo esto de otro modo, aunque también algunas veces se ven caballeros en plaza, dijo Tragaldabas; y puesto que á Usía le agrada y tenemos el dinero de la venta del caballo de Santiago, vámonos en derechura al circo. Y, tomando un cochecillo descubierto, y dejándose D. Quijote espada, lanza y armadura en la posada, encamináronse á la plaza.

Cuando el de la Triste figura se vió en un tendido, en medio de aquel concurso, y reparó en aquellas inmensas graderías cuajadas de gente, quedó muy asombrado y suspenso y comenzó á mirar á todas partes, singularmente á los palcos, que estaban llenos de elegantísimas damas, con mantillas blancas ó de madroños y vistosas flores, lo que le deslumbró.

Salía en aquel punto la cuadrilla y no es para decir qué sorpresa ocasionó á D. Quijote ver al alguacilillo caracoleando en su bridón, á los toreros ceñidos de sus trajes de luces y lujosas capas, y á los picadores que él creía famosos caballeros, con aquellos yelmos más anchos que el de Mambrino.

Hicieron el saludo, cambiaron los capotes, tomaron los caballeros las picas, sonó el clarín y salió el primer toro; y apenas lo vió D. Qui-

jote levantóse de su asiento, queriendo saltar á la plaza á rejonearlo y dejarlo muerto, como solía hacerse en su época. Mas cuando vió cómo le capeaban y burlaban y huían los peones, y cómo el toro se enseñoreaba del circo polvoroso, haciéndoles á todos escapar, pensó que aquello era impropio de caballeros, y que esos debían ser titiriteros y funámbulos.

En aquel momento el toro tomó la primera pica y D. Quijote pudo ver que no tenía el jinete, como antes, la hidalguía de salvar al caballo con hábiles movimientos; sino que lo ponía como bulto para ser embestido, mientras él clavaba su pica; cosa que le indignó, viendo como el caballo salía destripado del lance, y el jinete orgulloso de su cobarde hazaña, en que no había ni arte, ni ingenio, ni caballerosidad, ni destreza.

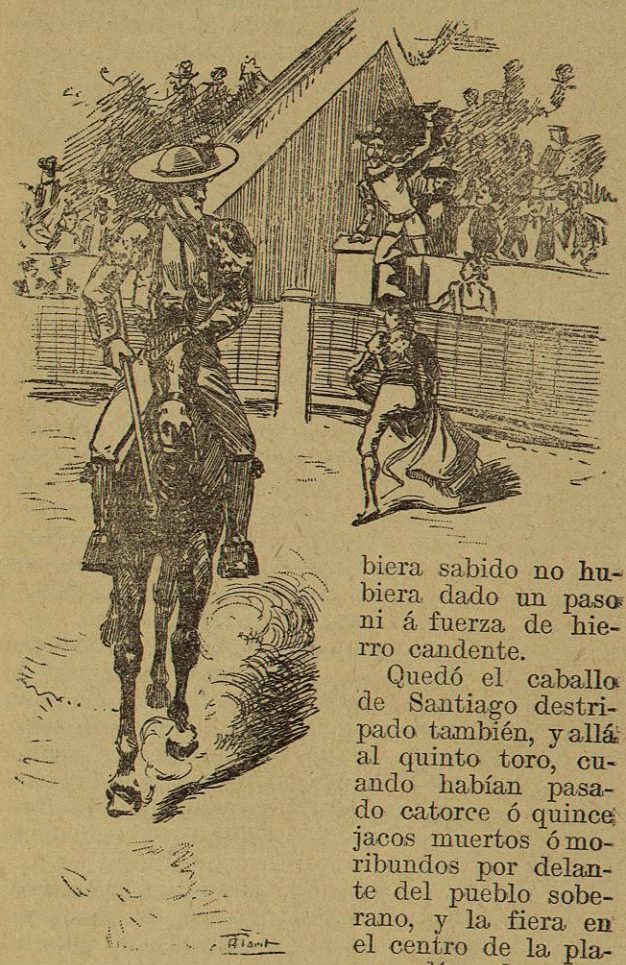
Cuando en breve tiempo miró rodar á aquellos jinetes con sus palafrenes, á éstos quedar moribundos unos y otros cadáveres en el hemiciclo, al pueblo gritar pidiendo más caballos para el sacrificio, y salir nuevas víctimas ignorantes de su inmediato fin á sostener á aquellos tan desgarbados rejoneadores, su cólera creció y estuvo á punto de estallar. Y cuando vió cómo aturdían al cornúpeto con capotes y con rehiletes y luego le daban muerte engañándole con un trapo encarnado, y no frente á frente y con nobleza, dijo á Tragaldabas que eso no lo podía él aguantar, y que en España se había perdido el valor y la hidalguía de los caballeros.

Al segundo toro, experimentó D. Quijote una nueva sorpresa. Uno de aquellos caballeros, de enorme yelmo, salió á duras penas por la puerta, montando un caballo color barquillo. Era el caballo de Santiago, que se resistía á andar, y el Hidalgo Manchego, aunque recordó el remojón, no pudo menos de sentir noblemente que destinaran á muerte tan necia y vil á un palafrén que había sido suyo unos instantes.

¿Ves, Bartola, qué villanía? dijo á su escudero. ¡Ni al caballo de Santiago respetan estos malandrines! Con razón ese viejo corcel no quería moverse del lado del pilón, presumiendo que le traerían aquí.



Nó, mi Señor y dueño, respondió Bartola; porque, con aplicaciones de yesca encendida, anduvo diligente y hasta aquí llegó, y si él lo hubiera sabido no hubiera dado un paso ni á fuerza de hierro candente.



Quedó el caballo de Santiago destripado también, y allá al quinto toro, cuando habían pasado catorce ó quince jacos muertos ó moribundos por delante del pueblo soberano, y la fiera en el centro de la plaza pedía pelea, y el gentío reclamaba ¡caballos! con espantosa gritería, asomó otro picador de reserva, montando un esqueleto hípico, cuya vista sublevó á D. Quijote hasta hacerle protestar frenéticamente y prorrumpir en denuestos contra aquellos cobardes y miserables follones.

¡El caballo era Babieca! El mismo valeroso palafrén que arrostró la acometida del hipógrifo de vapor y embistió á los gigantes adelgazados, y resistió impávido el ataque de las amazonas, y se cubrió de gloria en la batalla de los Cuervos. Babieca, émulo de Rocinante, traido de deshecho á la plaza, presentado como estafermo inútil á un toro y llevado allí á morir corneado, sin defensa ni protección, con manifiesto olvido de su alcurnia, de su historia y de sus brillantes servicios.

D. Quijote no pudo más; corrió á salvarle: pero en aquel momento tomaba el toro aquella pica de reserva, y caía Babieca abierto en canal, con el jinete debajo, al que sacaron con gran peligro; mientras el noble palafrén, en las últimas convulsiones de la agonía, alzando la cabeza, lanzaba una mirada de dolor al tendido en que estaba su dueño.

¡Venguemos la muerte de ese noble animal! dijo éste levantando á Bartola de su asiento, y queriendo empujarle hacia el redondel; pero en aquel instante, cuando todos en el tendido creían que estaba loco ó embriagado y se arremolinaban en torno suyo, alzó los ojos á uno de los palcos y cambiando de tono dijo á Tragaldabas:

Detengámonos. ¡Ahí está Dulcinea!

No se engañaba el caballero. En el palco á que había mirado por casualidad, en medio de alegres amigas, asomaba su bellísima faz y su lindo busto, adornado de rica mantilla blanca, la sin par Dulcinea del Toboso. Era la misma que habló con D. Quijote en la fiesta del Nigromante; viajaba con éste, y habían ido á las fiestas tradicionales de Zaragoza, y por ende á la corrida de toros.

D. Quijote no pensó ya en vengar á Babieca, que fué arrastrado al spoliarium de los jacos difuntos. Sólo sintió ansia infinita de volar al lado de su dama, de arrojarse á sus pies, rendirle nuevamente su homenaje y poder aclarar las horribles dudas que le suscitó su encantamiento. Aguardemos á la salida, dijo Tragaldabas; y D. Quijote impaciente y de pie, no hacía más que clavar sus ojos en aquel palco, donde Dulcinea desencantada aparecía como una reina rodeada de su corte.



¿Ves, objetó D. Quijote á su escudero, cómo debió ser falacia todo aquello de la maternidad de mi dama, del hijo habido de algún forzador, y de haber hecho nosotros festín de sus tiernos miembros? ¿Crees tú que estaría ella tan risueña ahí, en ese elevado asiento, si tales cosas le hubieran acontecido; y no vestida de negro ropaje, con la faz contristada y los bellos ojos llorosos?

Veo, respondió Tragaldabas, que tiene Usía razón y que á una madre á quien se le comen há poco un hijo asado con manteca, no está para venir á estas fiestas tan gozosa y tan ricamente ataviada.

No sabes qué pesadumbre se me alivia, prosiguió el caballero; porque aunque nunca dudé de la fidelidad de la señora de mis pensamientos, la sospecha de haber sido forzada ó robada y de haber concebido contra su albedrío, me roía el corazón y amargaba mis horas. Mas ya puedo respirar libremente, y veo que todo ha debido ser figuración de aquellos tres magos que encontramos, que al ser atacados por mí se convirtieron en piedra granítica, y aún creo que uno de ellos debió ser el que me llevó á su palacio y me ofreció la copa maravillosa, para más convencerme de la traición de Dulcinea.

Había terminado la corrida y la muchedumbre comenzó á salir en avalancha. D. Quijote quiso ir en busca de su dama á la puerta del circo; pero, entre tanto gentío y carruajes, no la pudo encontrar, y allí se estuvo hasta que todos desfilaron; deplorando su mala fortuna, que había convertido de nuevo en sombra y gota de agua á la Emperatriz del Toboso.

Nadie quedaba en los alrededores de la plaza, cuando el caballero y su escudero los abandonaron; pero, no pudiendo aquél negar fé al testimonio de sus ojos, juró no comer pan á manteles hasta dar con Dulcinea, que seguramente había volado por el aire en aquella carroza tirada por palomas blancas en que fué á casa del Nigromante, y que de fijo debía aposentarse en algún palacio maravilloso de aquella ciudad del Pilar y de la Seo.

---